

Completan este trabajo cuatro apéndice: I. Fuentes académicas indianas. II Profesores de Salamanca (1527-1585). III Ordenanzas de Granada de 17-XI-1526. IV. Títulos para la conquista de la Florida.

En definitiva, una obra muy importante que será fundamental para los trabajos que están en marcha cara al V Centenario del Descubrimiento de América.

José C. MARTÍN DE LA HOZ

Ramón ROBRES LLUCH, *San Juan de Ribera. Expresión teológica y oratoria sagrada en el Siglo de Oro de la lengua de Castilla (1532-1611)*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1984, 164 pp., 17 x 25.

El profesor Robres Lluch es muy conocido en los ámbitos de la Historia eclesiástica española, como estudioso de los temas referentes al siglo XVI. Siempre mostró interés por los autores de espiritualidad de esa época, y nos ha ofrecido ya buenos trabajos, principalmente en torno a Fray Luis de Granada y San Juan de Ribera, en especial su biografía sobre el Santo, que data de 1960.

Ahora tenemos un nuevo trabajo suyo sobre el Patriarca San Juan de Ribera. El objetivo que se propone el autor nos lo dice él mismo casi al final de la obra: «Hemos intentado ofrecer una aproximación al contenido doctrinal y a la valoración literaria de los sermones del gran Patriarca, tomando con alguna amplitud los textos originales autógrafos» (p. 105-106). Así Robres Lluch nos lleva como de la mano a lo largo de estas páginas, para terminar con gran humildad: «las conclusiones no han podido alcanzar aquella profundidad y amplitud que deseáramos, teniendo por horizonte unos quinientos sermones y éstos elaborados siempre de primera mano. Tal densidad de materia exige análisis diversos y ópticas distintas, lo cual no se logra sino al correr del tiempo con el auxilio de la crítica» (p. 106). Nos parece que efectivamente el estudio no es exhaustivo, pero sí lo suficientemente bien llevado como para atraer la atención de los estudiosos sobre este tema y para avanzar algunas conclusiones certeras.

En efecto, a lo largo de estas páginas y mediante el uso abundante de citas tomadas del Patriarca, el lector va poco a poco entusiasmándose con la oratoria sagrada del Santo y se va deleitando de su estilo casi poético. Son pocos los comentarios del profesor Robres, pero atinados; ayudan a no perder el hilo, a dejarse llevar, y a descubrir las relaciones intrincadas de San Juan de Ribera con Osuna, Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de Granada, San Juan de Avila y San Carlos Borromeo. Así nos dirá el autor: «los santos, como los grandes hombres, no vienen solos al mundo ni lo cruzan como estrellas errantes. Una fuerza misteriosa, un instinto divino incoercible, los descubre

mutuamente para la común tarea providencial» (p. 14). Este aspecto queda casi completamente apuntado en el capítulo IV, donde se realiza una comparación entre Santa Teresa de Jesús y San Juan Ribera. Los dos grandes términos de comparación son las metáforas del *Castillo* y de las *Moradas* usadas por ambos autores. Aunque se muestra que hay libertad de espíritu entre ambos, y por tanto parecería haber fracasado el epigrafe, la verdad es que resulta el capítulo de mayor interés en cuanto a la historia de la espiritualidad y, más en concreto, reafirma el interés por los estudios sobre la oratoria en San Juan de Ribera (cfr. pp. 60-89).

El interés por la espiritualidad de San Juan de Ribera y su oratoria sagrada, está bien planteada y resuelta casi en lenguaje poético por el profesor Robres en el capítulo III, titulado «Horizontes y andadura» (pp. 28-60). Con este enunciado se ha indicado todo, pues las citas acerca del valor de la oración, de su eficacia, de los temas de esa oración, en especial la contemplación de la humanidad Santísima de Cristo, su nacimiento, pasión y muerte, están introduciendo al lector en un horizonte y en una andadura. El final de esa andadura: «punto obligado, tras dolerse con Cristo dolorido, es buscar aliento y descanso en sus llagas y en el refugio seguro de su corazón abierto. Esas mismas llagas son prenda de que serás bien recibido, pues vas al encuentro del Amor ultrajado, llevando símbolo de paz» (p.59).

Con estas palabras concluye y demuestra Robres lo que había apuntado al comienzo del epigrafe: «San Juan de Ribera es un alma vibrante, un contemplativo que se proyecta en los demás. Busca en el mundo divino las huellas de Dios y canta su propia canción. Casi necesariamente han de brotar las metáforas, de las que está llena la Sagrada Escritura. Entre el juego de las alegorías se transparenta la verdad» (p.28).

La anterior cita nos sirve para introducir el contenido del V capítulo «El orador». En estas breves páginas (89-107), se relata a modo de pinceladas maestras las diversas partes de la oratoria: éxodo, narración, proposición, confirmación, confutación y conclusión. El mismo nos dirá: «no entro en un análisis completo del esquema, sino de algunas partes que nos sirvan de clave y justificación para conocer la estructura de las homilias del Santo, su doctrina, su estilo» (p. 93). Así nos describirá el aporte barroco con ejemplos concretos de feminidad heroica, visualización, enumeraciones largas e interrogaciones.

Una de las aportaciones de esta obra es un largo elenco bibliográfico de las obras que utilizó en vida el Patriarca. Se nos presentan —al final del libro como apéndice— debidamente ordenadas, según un esquema de fuentes: Sagrada Escritura, Padres de la Iglesia, Teólogos de los diversos siglos, autores espirituales, etc. Con el recuento de la biblioteca personal de San Juan de Ribera queda más claro el capítulo II titulado *Veritates Aureae*, en donde se muestran las posibles influencias en el Patriarca de otros autores: «Es no pequeño deleite examinar aquellos mismos libros que estuvieron en las manos y sobre las mesas de estudio del Patriarca, con su nombre escrito en las porta-

das» (p. 27). Pensamos que esta aportación será muy interesante en orden al estudio de la Teología y de la espiritualidad del siglo XVI, pues Ribera fue discípulo de los grandes autores de la renovación teológica del tomismo en Salamanca, y fue un profundo humanista en contacto con las grandes personalidades de la vida intelectual y espiritual de la época.

José C. MARTÍN DE LA HOZ

Horacio SANTIAGO-OTERO y Antonio GARCÍA Y GARCÍA, *Sinodo de Concepción (Chile) 1744*, Madrid-Salamanca, CSIC-Universidad Pontificia de Salamanca («Sinodos Americanos», 3), 1984, 51+XVI+256 pp., 17 x 24.

Sale a la luz la tercera obra de esta Serie de Sinodos Americanos que nos están ofreciendo los profesores Horacio Santiago-Otero y Antonio García y García, como preparación del V centenario del Descubrimiento de América. En esta ocasión se trata del texto completo de las Actas del Sinodo celebrado en Concepción Chile el año 1744, convocado por el obispo Pedro Felipe de Azúa e Iturgoyen.

El esquema de la obra es el siguiente: una introducción muy completa por parte de los editores, e inmediatamente las Actas, que reproducen en *offset* la edición de Santiago de Chile de 1867.

La introducción a este volumen nos parece la más acabada de las realizadas hasta ahora en esta serie: los autores han seguido un esquema muy claro y completo. En primer lugar hacen un estudio del contexto histórico, aportando datos acerca del territorio, de la creación del obispado de Concepción, sobre los habitantes del lugar y en especial de los indios araucanos, así como datos referentes a las diversas fundaciones de la ciudad (derruida repetidamente por terremotos, incendios y saqueos de los indios). También se referirán extensamente a las fundaciones de Colegios y Seminarios, para concluir con la situación social en la época. Mención aparte es la guerra de Arauco que no concluyó hasta mediados del siglo XIX.

Dentro de la introducción, el segundo apartado se refiere a la figura del Prelado Azúa e Iturgoyen (1693-1754), que gobernó la diócesis en los años 1742-1744, abogado prestigioso, ordenado sacerdote a los 29 años y que el 27 de julio de 1735 fue designado por el Papa Clemente, previa presentación real, obispo titular de Botú (sufragánea de Tiro) *in partibus infidelium* y auxiliar de Salvador Bermúdez, obispo de Concepción. Cuando regresó de una agotadora visita pastoral a las lejanas tierras de Chiloé en 1742, fue nombrado obispo de Concepción.

Así se resume su talante y actividad al frente de la diócesis: «En un año y medio, aproximadamente, realizó justo aquello que retrata a un obispo modelo: visitó la diócesis, informándose del estado y de las